

zon... Mire usted qué hombre; despues de haberme traído en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario; que á lo ménos es hombre de bien, y no sabe latin ni se mete en citar autores, como ese bribon... ¡Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar; por el maldito empeño de ustedes de que me habia de casar con un erndito que supiera mucho... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone); quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle y hartarnos de pesadumbres.

DON ANTONIO.

No se desconsuele usted, señorita, que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que la que ha perdido.

DOÑA AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

DON ELEUTERIO.

La paciencia (*Se levanta con viveza.*) la necesito yo que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

DOÑA AGUSTINA.

Pero, hombre, ¿que no has de reflexionar?

DON ELEUTERIO.

Calla, mujer, calla, por Dios, que tú también...

DON SERAPIO.

No, señor; el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camara-

das que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame usted á mí; la comedia es buena. Ahí no ha habido más sino que los de allá se han unido, y....

DON ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me...

DON PEDRO.

¿Todavía está usted en esa equivocacion?

DON ANTONIO.

(*Ap. á don Pedro.* Déjele usted.)

DON PEDRO.

No quiero dejarle; me da compasion... Y sobre todo, es demasiada necedad, despues de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitacion? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar; que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay más sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? Qué, ¿no hay más

que escribir comedias? Si han de ser como la de usted ó como las demas que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted), se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion continua, sensibilidad, juicio exquisito; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

DON ELEUTERIO.

Bien está, señor; será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no vale un cuarto, que he gastado en la impresion lo que no tenía...

DON ANTONIO.

No, la impresion con el tiempo se venderá.

DON PEDRO.

No se venderá, no, señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

DON ELEUTERIO.

Pues, vea usted: no se venderá; y pierdo ese dinero; y por otra parte... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran; seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picaron de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenía para pagar sus trampas y sus embrollos; me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir como es regular con los muchos acreedores que tengo.

DON PEDRO.

Pero ahí no hay más que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que usted tenga, y arreglándose á una buena economía.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué empleo ni que facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

DON PEDRO.

¿Ninguna?

DON ELEUTERIO.

No, señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba; despues me puse á servir á un caballero indiano, pero se murió; lo dejé todo, y me metí á escribir comedias, porque ese don Hermógenes me engatusó y...

DOÑA MARIQUITA.

¡Maldito sea él!

DON ELEUTERIO.

Y si fuera decir estoy sólo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas...

DON ANTONIO.

¿Cuántas tiene usted?

DON ELEUTERIO.

Cuatro, señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

DON PEDRO.

¡Hijos tiene! (*Ap. con ternura.*) ¡Qué lástima!

DON ELEUTERIO.

Pues si no fuera por eso...

DON PEDRO.

(*Ap. ¡Infeliz!*) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted pendiera la

suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazon de un padre. Dígame usted: ¿sabe usted contar? ¿Escribe usted bien?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo... porque yo, señor, he sido paje... allí, como digo, no habia más mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa; como, ya se ve, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso sí, lo que es honradez y... ¡vaya! Ninguno ha tenido que...

DON PEDRO.

Lo creo muy bien.

DON ELEUTERIO.

En cuanto á escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luégo me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía... Aquí tengo. Vea usted... (*Saca un papel y se le da á don Pedro.*) Ello está escrito algo de prisa, porque ésta es una tonadilla que se habia de cantar mañana... ¡Ay Dios mio!

DON PEDRO.

Me gusta la letra, me gusta.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, tiene su introduccioncita, luégo entran las coplillas satíricas con su estribillo, y concluye con las...

DON PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

DON ELEUTERIO.

Ya.

DON PEDRO.

Es menester que se deje usted de esas tonterías. (*Volviéndole el papel.*)

DON ELEUTERIO.

Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo..

DON PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devancos; ésta es una condicion precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á usted sus desvarios necesita, más que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

DON ELEUTERIO.

Señor, ¿qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

¿De véras, señor? ¡Válgame Dios!

DOÑA MARIQUITA.

¿De véras?

DON PEDRO.

Quiero hacer más. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid; acabo de colocar á un mozo de mérito, que entendia en el gobierno de ellas. Usted, si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo; y desde luégo puede usted contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo

destino que á usted le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuánto hay que saber, y cuanto conviene á una mujer de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de don Hermógenes; porque, segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz; y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda; no hay que dudarle. Además, yo tengo muy buenos amigos en la córte, y... Créanme ustedes, soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazón muy compasivo.

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué bondad!

(Don Eleuterio, su mujer y su hermana quieren arrodillarse á los piés de don Pedro; él lo estorba y los abraza cariñosamente.)

DON ELEUTERIO.

¡Qué generoso!

DON PEDRO.

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace más.

DON ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á usted tantos beneficios.

DON PEDRO.

Si usted me los agradece, ya me los paga.

DON ELEUTERIO.

Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

DOÑA AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

DON PEDRO.

No hablemos de eso.

DON ANTONIO.

¡Ah, don Pedro, que lección me ha dado usted esta tarde!

DON PEDRO.

Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

DON ANTONIO.

Su carácter de usted me confunde.

DON PEDRO.

¡Eh! los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

DON ANTONIO.

¿Quién no querrá ser amigo de usted?

DON SERAPIO.

Vaya, vaya; yo estoy loco de contento.

DON PEDRO.

Más lo estoy yo; porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja usted esa comedia (*Al ver la comedia que está leyendo Pipí.*); no se quede por ahí perdida, y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

DON ELEUTERIO.

¡Mal haya la comedia (*Arrebata la comedia de manos de Pipí, y la hace pedazos.*), amén, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo

cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.

Yo encenderé la pajueta.

DOÑA AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

DON PEDRO.

Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado; su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instrucción le han hecho escribir disparates. El público le ha dado á usted una lección muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitaran en desengañarse!

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

PERSONAS.

Don Diego.

Don Carlos.

Doña Irene.

Doña Francisca.

Rita.

Simon.

Calamocha.

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas etc.

La accion empieza á las siete de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, SIMON.

(Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.)

DON DIEGO.

¿No han venido todavía?

SIMON.

No, señor.

DON DIEGO.

Despacio la han tomado por cierto.